

Cenizas y caimanes

Raúl Rivero

NO SÉ SI JESÚS LLEGÓ A UN ACUERDO CON DIOS A ÚLTIMA hora, pero me siento tranquilo, porque cuando tenga yo que atravesar los resplandores, hallaré un espacio para publicar mis poemas y mis crónicas.

¿Qué otra cosa podrá estar haciendo en aquellas noches tersas y en las mañanas algodonosas del más allá, sino una novela contra los santurriones y una revista literaria, de pensamiento, de ensoñaciones, de encontronazos y reflexión?

Sí: estoy seguro. Habrá un sitio decente y polémico porque eso pasó cuando llegué a La Habana —joven y *abzurdo*— en los años 70 y volvió a pasar en los 90 en pleno viaje hacia la libertad.

Allá en el verano de 1966 está Jesús, alto y nervioso, en un entrepiso del local del *Diario de la Marina*, con su lenguaje de asere ilustrado, en la angustia del cierre de un número de *El Caimán Barbudo*.

Allá está, en el lienzo arbitrario que es la memoria, cerca de su poeta preferido Luis Rogelio Nogueras, que como jefe de redacción, le seguía la rima con unas rebeldías de salón, le organizaba trampas, lo sacaba de paso y lo quería.

Por aquel universo que borraron camina el flaco Díaz. En la calle K se mete en una tângana filosófica, en Coppelía habla de cine y literatura, en la cafetería del Habana Libre discute de pelota y cita a una mujer y le regala un libro.

En ese momento no sabíamos que Jesús podía ser una de las víctimas perfectas de la sociedad que tratábamos de ayudar a construir.

Lo supimos luego. Él era talentoso e inteligente, lúcido y apasionado y, lo que es peor, tenía valor personal para defender sus puntos de vista.

Por eso, a pesar de usar todos los entorchados y condecoraciones, lo vigilaban con *lipas coreanas* y un comando mixto de cabos interinos y matonesas se mantenía al tanto de sus viajes a Lawton y a París.

De todos los cercos que tiende el totalitarismo, el más difícil de romper es el interno. Nunca hablé con él personalmente sobre ese proceso suyo, —sólo por las siempre congestionadas líneas de ETECSA— por lo que no conozco

la anécdota ni el dolor, pero puedo adivinar la intensidad y el drama de la decisión de irse con sus hijos a vivir en Europa.

El asunto es que allí fundó y abrió para todos otra revista. Una noche llamó a mi casa y me contó el proyecto y me contó su vida. Me dio noticias de lo que estaba escribiendo y de algunas cosas que quería hacer.

De los jóvenes que fuimos, hablamos también, como de paso, apresuradamente, para entristecernos y reírnos y evocarnos vitales y gratos en nuestra única juventud.

De pronto, en medio de la soledad del síndrome del fantasma en el socialismo, que hace invisible al que no aplaude y enceguece al que no quiere ver, Jesús apareció para brindarme un sitio en otra revista cubana.

Volvió para abrirme las páginas de *Encuentro* y para que nuestra amistad tuviera ahora la alegría y el poder de la soberanía individual.

No soy un loco que quiera reestructurar la Compañía de Jesús. Soy su amigo que recuerda y deja la reseña de los defectos del autor de *Los años duros* al comando que lo atacó siempre, nutrido hoy con una fuerza de tarea de azafatas y bomberos.

No sé si por fin se arregló con Dios. De todos modos él siempre crea unos ámbitos para encontrarnos. Jesús, estoy aquí.